

**el maría guerrero,  
otra vez**

EN la endeble vida teatral madrileña, el actual María Guerrero es un reactivo imprescindible. De ahí que la apertura de su temporada haya puesto sobre la mesa varios temas interesantes; lo que equivale a decir que José Luis Alonso y los suyos deben estar en Madrid a comienzos de la temporada oficial, empleando, desde mayo a septiembre, para trabajar en otras ciudades españolas. Ciudades, por supuesto, necesitadas de la atención oficial —y los presupuestos estatales y municipales han de ser el punto de partida— para encontrar soluciones estables a sus vacíos culturales.

El María Guerrero —quiera de octubre a abril— nos hace falta aquí, por muchas razones. Una, la baja calidad media de nuestro teatro privado, gobernado por los supuestos sociológicos archisabidos. Otra, los peligrosos titubeos del Español, el otro teatro nacional. Y una tercera, fundamental, la calidad media del trabajo de José Luis Alonso, quien, con una pasión profesional que le honra —al margen de sus mayores o menores aciertos, según los casos; al margen de las programaciones o ausencias inoportunas de autores nacionales—, ha hecho del María Guerrero un teatro coherente, inquieto y de evidente madurez estética. Dicho de otro modo: José Luis Alonso es uno de nuestros pocos «hombres de teatro», y a partir de este hecho, su trabajo alcanza una consistencia, aunque unas veces nos parezca bueno y otras no.

II Un reflejo de esta condición de José Luis Alonso ha sido, sin duda, el planteamiento de una temporada a base de repertorio alternado. Las razones que se dan en el programa, todas ellas sensatísimas, señalan lo siguiente: «Se puede tener un cuadro fijo de compañía. Al entrenar una obra de pocos personajes no habrá que despedir al resto de los actores que no trabajen en esa obra, ya que tendrán cabida en las otras que ya estén montadas. Los actores no corren el riesgo, tan común en nuestro teatro, de mecanizarse al interpretar todos los días el mismo papel. Si un estreno fracasa, no es necesario esperar durante un mes o mes y medio, con un teatro vacío, a preparar otra comedia. Un actor de responsabilidad puede aceptar un papel pequeño; tendrá la compensación en la obra programada al día siguiente. La población flotante aficionada al teatro podrá asistir en el María Guerrero, en una semana o dos, a tres espectáculos distintos. Y, por último, permite una mayor flexibilidad a la programación».

Las razones son claras y contundentes. Es fundamental ahora que la Dirección General de Cinematografía y Teatro las sostenga contra viento y marea, si, como parece presumible, se produce una primera fase de desconcierto. Hay que poner centenares de carteles murales con los programas de cada mes, o, en último caso, de cada quincena, especificando títulos y días. Hay que machacar en todos los órganos de información. Hacer del nuevo sistema del María Guerrero una conquista —nunca es tarde, etc., como dice el refrán— del teatro español y ver de defenderla entre todos. Por nuestra parte haremos lo posible por reflejar a menudo los cambios y rotaciones de obras que se produzcan en el «María Guerrero». Es, en definitiva, el mejor modo de ayudar a que vaya hacia adelante un sistema teatralmente positivo, que va a tener como tope el de la posible falta de información del público, acostumbrado a ver nacer y morir las obras sin ninguna interpolación.

III El primer programa del María Guerrero ha sido dedicado a Ionesco. Incluía «El nuevo inquilino» y «El rey se muere». La primera es una pieza breve, expresión del Ionesco más típico, del Ionesco inicial, el que se rebeló contra el «teatro literario» y empezó a hacer juegos de manos con las palabras y los personajes, el autor radicalmente antinaturalista que reivindica los derechos absolutos de la imaginación —y no entro aquí en las limitaciones y valores de esta posición— y el valor dramático de las intuiciones. Pieza, pues, disparatada y divertida, incongruente pero no incoherente, irracionalista pero no deshumanizada.

«El rey se muere» es una obra muy distinta. Estamos en la vertiente de «Rinoceronte». Es una tragedia clara, de pretensión rigurosa, donde el «juego de manos» se reduce a un planteamiento alegórico. Este Rey que no quiere morir es, simplemente, el Hombre, y sus esfuerzos por escapar a la muerte, por aferrarse a unas cosas u otras, mientras va derribándose sobre él su palacio ya en ruinas, son los ingredientes tradicionales de tanta tragedia que se ha interrogado sobre la agonía humana. Sólo que Ionesco no olvida del todo su vieja preceptiva dramática y se esfuerza por sorprender, por no «ligarse» a los pasos lógicos de la indagatoria.

Como este programa va a seguir, rotativamente, en cartel, aprovecharé otra oportunidad para hablar de las interesantes cuestiones que suscita su puesta en escena. Yo quiero, dejando el análisis para dicha ocasión, limitarme a decir que José Bódalo realiza un excelente trabajo en «El rey se muere», teniendo a su lado a María Dolores Pradera —bien recordada por el María Guerrero—, Alicia Hermida, Joaquín Molina —estupendo en el Alabardero—, José Vivó y Rosario García Ortega. Mientras Miguel Angel, Rafaela Aparicio, Vicente Haro y Alfredo Cembreros son los buenos intérpretes de «El nuevo inquilino».

JOSE MONLEON



SELECCION

6

toallas el  
OSO

